

RAICES E INTEGRACIÓN DE LA MUJER INMIGRANTE

Conferencia celebrada en la **Biblioteca Pública Provincial**
"Francisco Villaespesa" de Almería.
22 de mayo, 2015

Carmen Ferrer Román

Esta comunicación la he basado en un libro que trata sobre este tema: ***Identidades asesinas del autor Amín Maalouf.***

En una primera impresión el título nos puede sonar extraño pero no nos dejemos engañar, el autor está aludiendo con él al uso que se puede hacer del concepto de identidad, a como algunas personas la pueden vivir con un alto grado de conflictividad y puede arrastrarlos a actuaciones destructivas para ellos y para los demás. Pero pasemos a la exposición propiamente dicha, la cual he desarrollado siguiendo algunos puntos que me han parecido básicos.

GUIÓN:

- 1. Qué son las raíces
- 2. Qué es la identidad
- 3. Qué ocurre cuando se emigra
- 4. Vivencias en el lugar de emigración
- 5. La mujer en un país diferente
- 6. Papel de la mujer en la familia y en el entorno
- 7. Qué es integrarse
- 8. Vivir bien en el país de acogida

1. Qué son las raíces

Por raíces de un ser humano se pueden entender diversas cosas: Su lugar de pertenencia, la cultura familiar y del entorno, sus costumbres, su folklore, su educación, sus creencias. A veces no se integra en estas raíces el lugar de nacimiento porque puede ser un sitio distinto del que procede la familia y esta procedencia del grupo familiar cobra preponderancia por encima del propio individuo.

Y más ampliamente, unos códigos culturales del grupo social que van conformando la manera de pensar y ver el mundo, las actitudes y valores con las que el niño se identifica, los principios principales de cómo observar la vida en el reconocimiento de lo que es bueno y aceptable o malo y rechazable.

2. Qué es la identidad

En todo esto que acabo de citar es donde muchas personas identifican su identidad y localizan lo que son como algo cristalizado que no admite modificación, como si el ser humano no fuese algo que se construye continuamente, que evoluciona, cambia, crece y se enriquece con las nuevas adquisiciones que va integrando durante toda su vida.

Pero qué significa realmente el término *identidad*, algo tan resbaladizo que muchas veces se interpreta justamente al contrario de lo que verdaderamente quiere decir.

Muchos filósofos y pensadores, desde Sócrates hasta Freud, han abundado sobre él intentando definirlo y delimitarlo porque no son pocas las personas que caen en espejismos y confusiones al pensar y sentir la propia identidad. Me refiero a los actos agresivos que se cometen en nombre de una identidad religiosa, étnica, nacional o de otra naturaleza.

Porque, ¿Qué es lo que hace que cada uno sea de una manera u otra?: es el lugar en que se nace, el de pertenencia de la familia, en el que se crece, o la educación recibida. ¿Si coinciden todas estas cosas quiere decir que hay colectivos de personas iguales porque comparten todo eso?

Hay personas que pueden pensar que son iguales a los suyos. Pero la realidad es si nos vamos a lo más cotidiano que es el documento de identidad de cada persona, en él se reflejan unos datos que expresan claramente que es alguien diferente y único: un nombre y apellidos que le identifican, un lugar y fecha de nacimiento, unos rasgos físicos que le definen, la firma y la huella dactilar. Todo esto hace que no se le pueda confundir con ningún otro de entre todos los seres humanos. Por eso la identidad es lo que hace que nadie sea idéntico a otro.

Hay otros muchos elementos que influyen en cada uno de nosotros y que nos conforman como personas, se trata de la pertenencia a

tradiciones como la religión, lugares físicos como un país o a un grupo étnico o lingüístico. Pero aunque esos elementos estén presentes en un gran número de personas, nunca se dan en la misma combinación en dos personas diferentes y eso precisamente es lo que proporciona la riqueza de cada uno, su valor personal que le hace singular y potencialmente insustituible.

Otra circunstancia que nos conforma es la historia personal y una trayectoria vital irreplicable, porque no somos solo lo que nos ha pasado, nuestra historia, sino, especialmente, como la hemos vivido, como la hemos integrado y como nos ha afectado. Además vamos cambiando continuamente conforme pasan cosas a nuestro alrededor que nos afectan de una u otra forma y precipita cambios en nuestra forma de ver las cosas, el mundo y a nosotros mismos. Los cambios pueden suceder porque nos casamos con una persona determinada, por realizar unos estudios que nos proporcionan una profesión u oficio, por cambios sociales, políticos, económicos. Cualquiera de estas circunstancias puede hacer que nos sintamos distintos y cambiemos el sentimiento de nuestra identidad.

Siempre ha habido personas que nos han hecho pensar que tenían una pertenencia primordial (la religión, la nacionalidad o la clase social), tan superior a las demás que se la podía llamar identidad. En la actualidad vemos que hay múltiples pertenencias y que las personas se inscriben, primordialmente, en una u otra por la razón de que la vean amenazada (puede ser la religión, la lengua, el grupo étnico o las tradiciones). Todo esto muestra que los componentes de la identidad de una persona no son inmutables sino que cambian con las circunstancias.

No estaría mal que pudiéramos hacer de vez en cuando un examen de identidad para identificar los componentes que la conforman y ver las distintas pertenencias de uno mismo, las antiguas originarias pero, sobre todo, las nuevas que vamos construyendo con nuestras decisiones y movimientos. Porque cuanto más numerosas son las pertenencias que se tienen en cuenta más específica se vuelve la identidad.

3. Qué ocurre cuando se emigra

Una vez hecha esta somera descripción de lo que es la identidad de cada uno: algo influido por múltiples elementos y también cambiante, vamos a pasar a hablar del tema de la emigración.

¿Qué entendemos por emigrar?, podría parecer que es un fenómeno relativamente nuevo y que está ligado a la facilidad para desplazarse. Pero resulta que la historia de la humanidad es la historia de las emigraciones, si el ser humano surgió en África como ya sabemos, todos los que vivimos en otros lugares somos emigrados de allí e inmigrados en los nuevos lugares a los que llegamos. Por lo tanto nadie está fuera de esa categoría de inmigrante, ya sea más antiguo o más reciente.

Pero refiriéndonos a lo que ocurre en épocas más actuales, cuando alguien marcha a otro lugar para organizar allí una nueva vida, la persona lleva consigo todo el bagaje que le es propio, todo lo que ha sido su vida hasta ese momento. A veces le resulta difícil integrar cosas nuevas porque considera que admitirlas sería una intromisión en la pureza de su origen, como si solo se pudiera pertenecer a un único lugar y el hecho de integrar cosas diferentes fuese casi una traición a los propios orígenes.

Como si solo pudiera aceptar otra cultura, otros valores, otros modos de vivir e integrarlos en la propia vida a cambio de renunciar a los suyos originales con el riesgo de que aparezca un sentimiento de des enraizamiento, ya que sus raíces solo pueden estar en ese otro lugar del que viene y al que se siente perteneciente. El sentimiento profundo es como un destierro, no es del nuevo sitio al que se ha llegado y para sentirse alguien ha de defender a ultranza los trazos de su cultura en una lucha constante para autoafirmarse.

Algunas personas sienten, incluso, que solo son ciudadanos de pleno derecho en su tierra, aunque hayan tenido que marchar de ella precisamente porque tenían pocos derechos y una vida carenciada.

4. Vivencias en el lugar de emigración

Pasemos ahora a hablar de las vivencias en el lugar de emigración. En muchos casos el sentimiento es que se es medio de aquí y medio de allí, pero la cuestión es que se es de aquí y de allí, una persona no puede estar partida es una entidad total. Allí tiene su origen y unas raíces que le construyeron como ser humano, que le proporcionaron posibilidades personales y le prepararon para poder hacer después una serie de cosas y seguir construyéndose. Más tarde, cuando decide marchar a otro lugar, decisión que, precisamente, puede tomar porque tiene ese empuje y ese deseo

de progresar, es cuando alcanza otras oportunidades de obtener medios diferentes de los que se le ofrecieron anteriormente.

Pero no solo el hecho de inmigrar convierte en extraño el medio en que vivimos. Todos podemos sentirnos “inmigrantes” en donde vivimos porque de alguna forma estamos obligados a vivir en un mundo que se parece muy poco al terruño del que venimos; todos hemos de aprender otras lenguas, otros códigos. Todos tenemos la impresión de que nuestra identidad tal como la hemos sentido desde nuestra infancia se encuentra amenazada. Muchos se han ido de su tierra natal y otros sin irse ya no la reconocen. Ello se debe a dos causas principales, por una parte a la inclinación natural del ser humano a la nostalgia y por otra a que al acelerarse la evolución hemos recorrido en treinta años lo que antaño se recorría en siglos. Esto último hace que muchos de nosotros podamos sentirnos desubicados respecto a cómo habíamos pensado que sería nuestra vida. Por todo esto todos somos en realidad inmigrantes.

Pero unos lo asumen de una manera y otros de otra. Hay quien lo vive como la oportunidad de instalarse en un buen sitio con pleno derecho y con la expectativa de aprovechar todo lo que se le ofrezca o pueda conseguir con su esfuerzo. Otros se sienten expatriados de su lugar de origen, al que consideran el único bueno sobre la tierra, y con dificultades para incluirse en una nueva sociedad y beneficiarse de las oportunidades que esta le brinde y organizarse una vida satisfactoria.

En medio de estos dos extremos se encuentra un amplio abanico de actitudes que estarán determinadas por la vivencia del hecho mismo de la emigración y por las causas que la han generado.

Entre estas vivencias se pueden dar muchas ambivalencias porque antes de ser inmigrante se es emigrante, antes de abandonar un país se ha tenido que dejar otro y los sentimientos de una persona hacia la tierra que abandona no son nunca simples. Si se va es porque hay cosas que rechaza: represión, inseguridad, pobreza, falta de horizontes,... y este rechazo muchas veces va acompañado por un sentimiento de culpabilidad porque también se han dejado una serie de cosas que se aman y con las que uno se siente identificado: familia, amigos, lengua, música, fiestas, cocina.

A la vez no son menos ambiguos los sentimientos hacia el país de acogida; en él se espera encontrar una vida mejor pero junto a esa

esperanza se ve con recelo lo desconocido porque la relación de fuerzas es desfavorable para él; teme verse rechazado, humillado, está pendiente de toda actitud que denote desprecio, ironía o compasión.

Ante este panorama muchos, por orgullo, se muestran más distintos de lo que son, incluso se puede llegar por frustración a una actitud de contestación extrema.

Hay dos posturas radicalmente opuestas que se pueden adoptar en el país de acogida, en una se le ve como una página en blanco en la que cada uno puede escribir lo que quiera o como un solar desocupado el que instalarse sin efectuar el más mínimo cambio personal. En la otra se le ve como una página escrita, impresa e inmutable donde para incluirse no hay más remedio que ajustarse a ella.

Ambas concepciones, que pueden parecer exageradas, se dan con bastante frecuencia y también las dos son poco realistas, estériles y nocivas; porque la realidad es que cada país es siempre algo que se está escribiendo permanentemente.

Su historia y sus costumbres deben respetarse pero, al mismo tiempo, se ha de tener presente que el futuro se escribe con transformaciones y con aportaciones del exterior, como ha venido ocurriendo siempre. Una visión como esta le da al inmigrante la posibilidad de enfocar de forma muy distinta su situación en el país de acogida.

5. La mujer en un país diferente

Pasemos ahora a hablar específicamente de la mujer emigrante.

Decía [Simone de Beauvoir](#) que, en la mayoría de las culturas, las mujeres están acostumbradas a asumir el "papel del otro", a "empatizar", a adaptarse a las necesidades o a las circunstancias.

Esto hace que la mujer esté más capacitada para adaptarse a un nuevo entorno y consecuentemente, si se le brinda la oportunidad de hacerlo, aprenderá con más facilidad.

La mayor disposición de las mujeres a incorporarse a la cultura mayoritaria del país de destino no se hace, sin embargo, sin que experimenten sentimientos encontrados.

Si es verdad la aseveración que afirma que somos tantas personas como idiomas hablamos, podríamos hacer extensivo ese razonamiento a los países en los que vivimos o hemos vivido. Nos encontraríamos así ante una identidad cultural flexible, multicultural y enriquecedora que a la mujer le es más fácil de captar y de incorporar, si bien este fenómeno se hace a través de un proceso de transculturación.

El proceso transcurre de la siguiente manera: la persona que llega a España –o a otro país de destino-, experimenta un efecto de fascinación, por el que se queda deslumbrada, luego de desesperación en el que se siente más extranjera que nunca y al final, de hispanización - o de valoración- que es cuando estima objetivamente las virtudes y los defectos del país en comparación con el suyo y también comienzan a ver las oportunidades que le brinda a ella y a su familia.

A partir de aquí comienza a construirse una nueva identidad dual en la que intervienen muchos factores y que es diferente para cada una porque el colectivo de mujeres inmigrantes es tan heterogéneo como las sociedades de las que han partido. No puede existir una mirada única, sino diversificada y alejada de estereotipos.

- Este trayecto hacia su integración no está exento de obstáculos, por ejemplo:
 - La mujer que reside en otro país puede sentirse doblemente discriminada por el hecho de ser mujer y ser inmigrante. Por el hecho de ser mujer suele tener menos oportunidades en el campo laboral, como inmigrante se puede sentir desubicada.
 - Otra dificultad que puede sufrir es el desconocimiento de la lengua; la lengua es vehículo y vínculo, es poder, por tanto si la desconoce tiene un obstáculo fundamental para desenvolverse en el país de destino y para incluirse en la sociedad.
 - Con demasiada frecuencia constatamos que las mujeres inmigrantes en Europa reproducen en los primeros años de su estancia la forma de vida que llevaban en sus países de origen, fenómeno que puede intensificarse si su nivel

formativo es bajo, como suele pasar en muchas ocasiones; muchas de estas mujeres no habían podido acceder a la educación en sus países por lo que tienen una escolarización a veces insuficiente y otras veces nula, que las hace depender de sus familiares varones para todo lo relacionado con el espacio público. Esta circunstancia hace que tengan más dificultades para integrarse en el país de acogida.

- La solución de estos problemas dependerá, en parte, de sus rasgos personales, de su disponibilidad, de su deseo y de su empuje para integrarse en el nuevo medio al que han llegado. Porque en muchas ocasiones es la propia mujer la que se aísla de la sociedad circundante y se recluye en su mundo familiar, especialmente las que provienen de culturas muy alejadas de la nuestra como las asiáticas o las africanas
- Otro caso es el de las mujeres que emigran solas, lo cual puede ocurrir por diferentes causas.

En muchos casos se debe al cambio de valores que se viene produciendo hace ya tiempo.

Las mujeres ya no emigran exclusivamente acompañando a sus hombres; cada vez un mayor número de mujeres inicia por su cuenta el proyecto migratorio con el fin de lograr una mayor independencia, escapar de las normas a las que se ven sometidas en algunos de sus países de origen, como matrimonios convenidos, repudio, violencia de género, o simplemente normas morales y religiosas que la cohiben en su proyecto de vida.

En otros casos, la mujer emigra dejando a su familia en el país de origen a la espera de los medios que ellas consigan para ayudar a su sustento. Suelen ser mujeres provenientes de culturas próximas a la nuestra como las latino americanas, que disponen de la ventaja de la lengua común y una cultura con muchos rasgos paralelos.

En ambos casos hay un riesgo que es el de encontrarse expuestas a hundimientos psíquicos, como la depresión, por falta del sostenimiento emocional que brinda el grupo familiar.

También las dificultades para encontrar trabajo o para hacerse un lugar en la nueva sociedad y encontrar un grupo humano que satisfaga su necesidad de relación social las puede abocar a

vivencias destructoras que requieren atención por parte de las instituciones adecuadas.

Pero se ha de señalar que la mayoría de las mujeres inmigrantes se instalan con relativa rapidez en el nuevo país y tienen tendencia a encontrarse agusto en él si las cosas les van razonablemente bien. Otras no lo consiguen y pasan la vida anhelando la vuelta a sus lugares de origen, que tienen idealizados, a pesar de haber tenido que abandonarlos porque no les ofrecían lo necesario para cubrir sus necesidades.

Podemos pensar que, en estos casos, la decisión de emigrar o no la han tomado personalmente (sino arrastradas por otras personas) o no se pueden asumir el deseo de salir adelante por encima de las renuncias que ello conlleve.

- Tampoco nos hemos de engañar en cuanto a la importancia que tiene el abandono de la propia tierra y el duelo que se ha de realizar por esta separación.
- Para paliar esta pérdida es importante mantener los lazos de unión con el lugar de origen y las personas próximas que han quedado allí, de manera que no haya el sentimiento de pérdida total o desenraizamiento, sino de pertenencia a los dos lugares: el antiguo y el nuevo o, si se quiere, el propio y el adoptado.

6. Papel de la mujer en la familia y en el entorno

En esta situación el rol de la mujer en su familia cobra una gran preponderancia porque como madre de familia es el elemento clave en la socialización de las hijas e hijos pequeños. Este hecho tiene una vital importancia en la situación de emigración porque ellas serán las que facilitarán, por una parte, la total integración de sus hijos en el país de acogida y, por otra, la conservación de las raíces de origen, la relación y el vínculo con la tierra de la que han salido.

Tradicionalmente, la madre sirve de referente afectivo para los hijos. La lengua emocional, por lo tanto, para sus hijas e hijos pequeños, suele ser la lengua de origen de la madre. Conviene que esta

lengua esté viva en el ámbito familiar y que los distintos miembros de la familia puedan comunicarse con ella.

Hemos de pensar que para que un ser humano pueda echar raíces en un nuevo lugar ha de conservar en buen estado las originarias. Imaginémonos, en un ejemplo plástico, el trasplante de una planta para que agarre bien en un nuevo tiesto o jardín ha de tener unas raíces desarrolladas y sanas, de lo contrario no soportará el cambio y se arruinará. Algo semejante nos ocurre a los seres humanos, para instalarnos bien en un nuevo lugar tenemos que tener una buena relación afectiva con nuestros orígenes y mantenerla y cultivarla a lo largo del tiempo, porque si no es como si nos cortaran un trozo de nuestra identidad y quedase ahí un hueco o una herida abierta por la que se desangra una parte de nuestra afectividad.

Muchas de las dificultades que sufren algunos inmigrantes para desenvolverse, encontrar trabajo, aprovechar las oportunidades, progresar, etc. Se deben al rechazo que han efectuado de su lugar de origen. Suele ser algo que queda más o menos inconsciente, una especie de aversión porque ese lugar no ha podido brindar lo necesario para vivir en buenas condiciones. Pero ese rechazo se vuelve contra ellos mismos, los aboca a un gran malestar y, sobre todo, a la dificultad para aprovechar su propio potencial de desarrollo y realización.

Por ello, es una buena solución ponerse en paz con el lugar que se ha dejado, quererlo como lo que es a la vez que valorar el lugar elegido como destino para suplir las carencias del anterior. En esta tarea las madres tienen un papel fundamental, porque según ellas se sientan y acepten todo eso lo podrán transmitir a sus hijos y facilitarles esa doble labor de preservación y adaptación.

En cuanto a la relación con el entorno, la actitud general es que las mujeres son más proclives a buscar y encontrar los medios que ofrece el país de acogida para ayudar en las necesidades y dificultades de los inmigrantes. El hecho de sentirse, mayoritariamente, responsables de los hijos les hace tener más movilidad en este aspecto. Son ellas las que, con más frecuencia, se acercan a los Servicios Sociales, a los Centros Educativos y Centros de Salud, a pesar de las barreras culturales o lingüísticas con las que se encuentran. A través de estos medios suelen encontrar los recursos necesarios para alcanzar un nivel de vida aceptable.

7. Qué es integrarse

Volveré ahora a hablar de las raíces y la identidad relacionadas con la integración. Las raíces de cada uno son un potencial, no una cárcel. No son algo cerrado constituyen una base y un medio para crear algo nuevo.

En la actual época de mundialización, con el proceso acelerado de amalgama, de mezcla que nos envuelve a todos, se hace necesario elaborar una nueva concepción de identidad. No podemos obligar ni obligarnos a elegir entre afirmar a ultranza la identidad o a perderla por completo. Se han de poder asumir las múltiples pertenencias, reconociendo la necesidad de tener una identidad pero con una actitud abierta y sin complejos ante las demás culturas. No se trata de negarse a sí mismo pero tampoco de negar a los otros porque todos tienen el mismo derecho a afirmar su identidad y a vivirla con tranquilidad.

Las personas inmigrantes se convierten en “elementos de enlace” entre diversas comunidades y culturas, son en cierto modo el “aglutinante” de las sociedades en que viven.

8. Vivir bien en el país de acogida

Más que nunca vivimos en un mundo de diversidad y hemos de comenzar por asumir la propia diversidad y entender la identidad como la suma de sus diversas pertenencias, en lugar de confundirla con una sola.

Las personas cuya cultura de origen no coincide con la cultura de la sociedad en que viven, es necesario que puedan asumir, sin demasiados conflictos, esa doble pertenencia, que puedan mantener su apego a su cultura de origen sin sentirse obligados a disimularla y en paralelo abrirse a la cultura del país de acogida. Esto no solo para los inmigrantes sino también para muchas otras personas que habiendo nacido y vivido siempre en el seno de una única sociedad, conservan no obstante lazos afectivos con otra cultura de la que son originarios y pueden sentirse “aparte” en la única patria que han tenido nunca. Para todos, poder vivir serenamente las diversas pertenencias es esencial para su pleno desarrollo personal.

Toda persona que quiera vivir bien se ha de identificar, aunque sea un poco, con el país en que vive y con el mundo actual. Ello entraña adquirir una serie de comportamientos y hábitos.

Para vivir bien en general se ha de tener el deseo de progresar y trabajar para ello, sin ideas preconcebidas de que las cosas son y seguirán siendo de una manera determinada, porque el futuro no está escrito en ninguna parte, será lo que nosotros hagamos de él.

Lo mismo que la idea del destino que muchos enarbolan para justificar un posicionamiento personal, pero que en realidad se limita a unos pocos condicionamientos con los que hemos nacido. Aunque también lo podemos pensar como el viento que empuja al velero, el que está al timón no puede decidir de donde soplará el viento, ni con qué fuerza, pero sí puede orientar la vela. El mismo viento hará que mientras un marino imprudente o poco inspirado naufrague, otro con más destreza llegue a buen puerto.

Incluso la idea de identidad puede ser pensada de una forma diferente si la ponemos bajo la luz del viento de la “mundialización” pudiéndola sentir como la suma de todas las pertenencias que nos incluye en una pertenencia más amplia o sea la comunidad humana. Esta pertenencia está orientada a compartir los mismos derechos y las mismas oportunidades no a empobrecerse en la expresión de lo que nos es propio. Para incluirse en la mundialización hay que perderle el miedo al cambio, para abrirse al futuro hay que acoger cosas nuevas y dejar otras viejas.

(A veces se puede tener el sentimiento de que el mundo le pertenece a los “otros” mientras que uno mismo no tiene un lugar en él).

Pero ¿A quién pertenece el mundo? A ninguna raza ni nación en particular. Pertenece más que nunca a todos los que quieren hacerse un sitio en él, a los que tratan de aprender las reglas del juego para utilizarlas en su provecho. Para ello hay que luchar contra la desilusión, la resignación y la pasividad que son las enemigas de la supervivencia y el bienestar.)

Un buen establecimiento en una nueva comunidad precisa de una actitud abierta y tranquila tanto para aceptar lo diferente que ofrece el nuevo lugar como para ofrecer y mostrar lo que se trae del país

de origen. Se trata de una impregnación recíproca, cuanto más se impregna el migrante de la cultura del país de acogida tanto más podrá impregnarlo de la propia; cuanto más respete esa forma de vivir más podrá hacer respetar la propia.

Otro requisito es aceptar ese lugar como país de adopción, considerarlo como propio, que forma parte de uno y uno forma parte de él. Con esta postura se pueden cuestionar cosas del mismo, porque está claro que nunca se está de acuerdo con todo y que nada es perfecto. Para ello es indispensable incluirse sin reservas en esa sociedad, aceptando también que ella puede cuestionar cosas de la cultura del otro que pueden ser incompatibles con su modo de vida o con el espíritu de sus instituciones.

Una actitud amistosa y considerada no solo en apariencia sino sentida y sincera se puede acompañar de una gran dignidad y llevar la cabeza alta. Sin confundir lo uno o lo otro con sentimientos de vasallaje y sumisión o actitudes de orgullo y hostilidad.